

Déjame correr

Se lo pido cada día, déjame correr papá, déjame correr. Pero él nada. Él nunca me deja correr. Mi padre no es que sea malo, ni que no tenga sentimientos, ni que no quiera jugar conmigo. Mi padre es que no me deja correr.

Yo cada día me levanto, me lavo, me pongo mi chándal, desayuno y me voy al campo a pelotear un rato. Bueno no, no es verdad, eso no es lo que hago cada día. Mi padre me lo dice siempre, que no diga mentiras, pero a mi me sale, me sale sólo. Así que voy a comenzar de nuevo, esta vez sin mentiras.

Yo cada día, después de lo del chándal o los tejanos o lo que sea, voy al colegio. Mi padre me sube al coche y nos vamos hacia allí. En clase hacemos lo que se hace siempre en en estos casos: sumas, sumas llevando, restas, multiplicaciones, divisiones de uno, de dos, de tres, dibujamos, leemos, escribimos y también lloramos y nos reímos. Lloramos porque nos pegamos. Yo siempre le pego a Pablo, que me quita el lápiz y lo tira a la otra punta de clase y a ver quién se levanta a buscarlo, luego no me da tiempo de acabar los problemas, luego siempre me riñen. Y reímos a veces porque nos lo pasamos bien jugando (y haciendo llorar).

Cuando Pablo me tira el lápiz a la otra punta de la clase me dan ataques de nervios. Me tiemblan las piernas y parece como si se fueran a mover solas, sin que yo les diga que se levanten ni nada, solas, ellas por un lado y yo por otro y las piernas cobran vida y se levantan. Me dan esos ataques porque no se puede uno levantar e ir a la otra punta de la clase. No se puede. Un día de estos le voy a pegar tan fuerte que a él también le van a dar ataques de nervios mucho peores que los míos. Papá dice que no sea malo, que hay que ser bueno con los amigos y que es normal, que los amigos se hacen bromas (a veces pesadas) pero a mi no me gustan nada las bromas que me hace Pablo. Un día de estos me voy a levantar y le voy a tirar un examen a él por la ventana, para que sepa de verdad lo que es no poder levantarte a recoger tus cosas y

que la profesora te castigue sin salir al patio. Sin salir al patio a pelotear. Todos en el recreo peloteando y tu allí castigado. Todos en el recreo peloteando y tu allí, sentado. Los niños en el recreo siempre pelotean. Las niñas no, las niñas no pelotean nunca. Hay una niña, Marta, que a mi me gusta mucho porque pelotea con los chicos y porque tiene el pelo largo y liso y los ojos del color del cielo. Marta es muy guapa porque tiene los ojos de color amarillo. No dejaría nunca de mirarla. Marta juega de lateral izquierda, como Gio. Gio me gusta mucho, pero no tanto como Marta. La diferencia entre Gio y Marta es que ella tiene la mirada más bonita y los ojos... los ojos como más locos cuando chuta al centro y se la pasa a Pablo para que él la meta en la portería. Pablo es delantero centro. Me fastidia horrores que Pablo sea el que mete los goles. Eto'o es mucho mejor que Pablo. Eto'o es de África y por eso corre como nadie. Los africanos, dice mi padre, son los más rápidos corriendo. Por eso siempre quedan primeros en las Olimpíadas. A mi me gustaría ser africano como Eto'o y poder correr igual que él. Pero mi padre no me deja. Mi padre no me deja correr. Un día estaban los chicos peloteando en el recreo y Juanmi, que es tonto, le dijo a Samuel que no podía jugar. Le dijo que no podía jugar con ellos porque era negro. Será tonto el Juanmi este. Y Samuel le contestó que no, que él no era negro, que era marrón. Samuel juega como todos, que para algo es el que corre más de toda la clase, y uno de los más listos. Será tonto el Juanmi este.

Marta no, ella no es nada tonta y por eso siempre la eligen antes que a algunos chicos. Todos los capitanes quieren tener a Marta de lateral izquierda en sus equipos. Yo mismo, si tuviera un equipo alguna vez y no me viera obligado a estar siempre sentado mirando, la querría en mi equipo. Y la querría porque juega muy bien claro, pero también porque es muy guapa. Si no fuera tan guapa querría antes a Gio, que juega un poco mejor que Marta.

Juanmi se enfada. Un día me dijo- a mi, que soy más malo que nadie jugando a fútbol porque siempre me quedo sentado y porque nunca puedo jugar y claro, así como voy a aprender- que cómo se comía eso, que si me daba cuenta de que a Marta, siendo

una chica, la escogían siempre antes que a él. Y que qué le pasaba a los chicos de clase porque todo el mundo sabía que los chicos juegan mejor que las chicas al fútbol. Yo no le dije que era tonto porque papá siempre me dice que hay que ser bueno con los amigos y que no hay que decirles cosas que a ti no te gustaría que te dijeran. Y a mi no me gustaría nada que mis amigos me llamaran tonto. Pero pensé en decírselo, pensé en decirle que era muy pero que muy tonto. Que era tonto del culo. Sólo había que verlo jugar: Marta jugaba mil veces mejor que él, por eso siempre la elegían antes. Yo cada día cuando me despierto, antes de levantarme, de lavarme y de ponerme el chándal o lo que sea, lo primero que hago es pensar que hoy sí, que me voy a levantar de la cama y voy a ir al campo a pelotear un rato. A jugar al fútbol. A correr. Eso sí que es lo primero que hago cada día cuando me despierto y esta vez no es ninguna mentira. Y lo último en lo que pienso antes de apagar el cerebro por la noche. Yo por la noche apago el cerebro. Primero cierro los ojos y luego apago el cerebro. Si lo dejo abierto se gasta, como la luz. Como el agua. Y mi cerebro vale mucho porque como no tengo piernas, bueno sí que tengo pero como si no tuviera porque no sirven para nada, el médico dice que mi cerebro vale más que el de otros chicos y chicas de mi edad. Por eso lo cuido y lo apago por la noche, para que no se me acabe como el agua de la cantimplora o los caramelos de la bolsa que me da papá los sábados por la tarde. Si se me acaba el cerebro algún día, sin piernas y sin cerebro, estoy perdido. A veces, como no puedo usar las piernas, uso el cerebro. Cuando papá me dice que no me deja correr, uso el cerebro y la imaginación, que forma parte de mi cerebro y del de muchos niños de mi edad y de todas las edades, y me imagino que estoy corriendo. Me imagino que bajamos al patio y me pongo a correr detrás de la pelota. A veces marco gol, pero muy pocas veces porque yo no soy tan bueno como los demás, pero me entreno cada día y un día correré tanto como Eto'o. Y marcaré goles como Eto'o. Y como Ronaldinho. Un día, Pablo me cogió el libro de matemáticas y lo escondió en la clase de tercero, en la planta de arriba, y me dijo que si era capaz de recuperarlo antes de que empezara la clase, y la clase estaba a punto de empezar, sin chivarme y

sin que la profesora me regañara, sería mi esclavo durante una semana y podría pedirle todas las cosas que yo quisiera. Todas las cosas que yo quisiera incluida su camiseta del Barça con el número 4. Ese día, como no podía utilizar mis piernas para ir corriendo al segundo piso, como no tenía tiempo para subir con el ascensor ni sin que me viera la profesora y como por las escaleras no podía subir con la silla de ruedas, utilicé mi cerebro. Le prometí a Juanmi que conseguiría que le eligieran antes que a nadie, antes que a Marta, en todos los partidos de fútbol durante una semana si fingía que un niño de tercero me había robado el libro de matemáticas y subía a buscarlo mientras yo le contaba a la profesora como había sucedido todo y así la clase no empezaría hasta que yo hubiera acabado de explicarle la historia a la profesora y yo no acabaría hasta que Juanmi hubiera bajado de la clase con mi libro de matemáticas en la mano. Y así es como utilizo mi cerebro normalmente. Pero las piernas no, las piernas no las utilizo nunca.

Las piernas no las utilizo nunca porque estas piernas que tengo no sirven para nada. Papá dice que si me esfuerzo y hago los ejercicios que me manda la fisioterapeuta cada día a lo mejor algún día puedo caminar. Y si algún día puedo caminar, entonces casi seguro que pueda correr. Papá me ha dicho que cuando llegue ese día, me dejará correr. Me ha dicho que me comprará unas Nike para correr y unas botas de fútbol como las que llevan los jugadores del Barça, que es mi equipo preferido, para que pueda jugar al fútbol como ellos. Pero mientras yo se lo sigo pidiendo cada día, déjame correr papá, déjame correr. Pero él nada. Él nunca me deja correr.

Si un día papá me dejara correr yo me levantaría, me ducharía de pie en la ducha que utiliza mi hermano, me pondría mi camiseta con el número 4, que es la de Guardiola que ya no juega en el Barça pero que a mi me sigue gustando igual, desayunaría y me iría al campo a pelotear un rato. Luego iría al colegio y llevaría mi balón y a la hora del recreo podría marcar goles como Pablo y jugar en el mismo equipo que Marta. Al medio día volvería corriendo a casa con mi balón debajo del brazo. Y por la tarde, como ya no tendría que ir al hospital a hacer mis ejercicios, podría apuntarme al

equipo de fútbol donde juegan los chicos de la clase. Se entrenan tres veces a la semana y los sábados por la mañana juegan partidos y luego se van juntos a tomar un colacao o cualquier cosa y se ríen hasta cuando pierden. A mi me gustaría poder correr y jugar en un equipo como ése y reírme con ellos y enfadarme con ellos cuando juegan mejor que el otro equipo pero el otro equipo tiene más suerte que el Real Madrid, que siempre tiene mucha suerte y marca en el último minuto, y nosotros perdemos y ellos ganan y por eso se enfadan y a mi me encantaría poder enfadarme con ellos. Por eso sigo pidiéndole a papá que me deje correr, déjame correr papá, le digo. Pero él nada. Él nunca me deja correr.

Papá dice que si un día cuando yo le pida correr él me dice que sí y yo lo intento y no puedo, entonces me voy a poner triste. Y por eso no me deja correr. Por eso me ayuda a hacer los ejercicios cada día. Me lleva a ver partidos de fútbol al Camp Nou, que es el campo de fútbol de mi equipo de fútbol favorito, que es el Barça. Me compra chándales y cuida conmigo de mi cerebro. Me enseña cosas importantes que hace la gente que no puede utilizar sus piernas, como por ejemplo conducir un coche. Y me dice que cuando tenga dieciocho años, aunque todavía me queden diez para eso, yo también voy a conducir un coche. Y correré. Correré en mi coche. Y tal vez también corra sin él. Tal vez también pueda correr ya con mis piernas.

Papá no me deja correr, pero me ha dicho que hay niños que juegan al fútbol en sus sillas de ruedas. Y que yo puedo hacer lo mismo si quiero también. Me ha preguntado si me gustaría jugar al fútbol en silla de ruedas y yo le he contestado que si estaba loco, que claro que sí y que me moriría por jugar al fútbol como Deco, como Xavi, como Iniesta, que tiene la edad de mi hermano mayor, y como Puyol. Y mañana vamos a ir corriendo a apuntarnos, él y yo, los dos juntos. Mañana vamos a ir corriendo a apuntarnos.